

Edwards, James R. *Between the Swastika and the Sickle. The Life, Disappearance, and Execution of Ernst Lohmeyer*. Grand Rapids, Mi.: Eerdmans 2019, xvi+341 pp. ISBN: 978-08-028-7618-8.

Una breve noticia en la introducción al cuadernillo que acompaña al Comentario al Evangelio de Marcos de Ernst Lohmeyer (1937) desde su segunda edición (1951) fue el detonante de la investigación sobre su vida, desaparición y ejecución de la que da cuenta este libro. El *Ergänzungsheft*, preparado por Gerhard Sass a partir de las notas del autor, incluye una breve introducción en cuyo primer párrafo se lee que este recoge las notas y mejoras preparadas por Lohmeyer “*bis ihn höhere Gewalt einem bis heute ungeklärten Schicksal entgegenführte*” (“hasta el momento en que una fuerza de lo alto le condujo a un destino hasta hoy desconocido”). Esta enigmática nota alude a su misteriosa desaparición, detrás de la cual se encuentra la azarosa biografía de un creyente que se dedicó con pasión al estudio del Nuevo Testamento.

Reseñamos este libro porque es un recordatorio saludable para todos aquellos que nos dedicamos a la teología y a la exégesis de que tal dedicación es una tarea existencial, es decir, una tarea que modula y determina la vida y las opciones que en ella se hacen. A Ernst Lohmeyer le tocó vivir tiempos difíciles, que pusieron a prueba la coherencia de sus convicciones; y su forma de afrontarlos –con sus luces y sus sombras– es para nosotros un motivo de reflexión y un estímulo. Repasar su biografía, lo mismo que la de otros teólogos y exegetas ejemplares, como el P. Marie-Joseph Lagrange (B. Montagnes, *Marie-Joseph Lagrange. Una biografía crítica*, San Esteban, Salamanca 2009) hace pensar sobre lo que implica el ejercicio de la teología y de la exégesis.

Los estudiosos del Nuevo Testamento conocen a Lohmeyer, sobre todo, por dos de sus obras, que fueron publicadas casi el mismo año: su estudio sobre el doble origen del naciente cristianismo (*Galiläa und Jerusalem*, Göttingen 1936) y su excelente comentario al Evangelio de Marcos (*Das Evangelium des Markus*, Göttingen 1937), pero su producción académica incluye otros dieciséis libros y numerosos artículos. Recorriendo su breve e intensa biografía, uno se pregunta dónde encontró tiempo para escribir tanto, y tan bien.

Nacido en 1890 en el seno de una familia luterana, tuvo una excelente formación humanística y, aunque siguiendo la tradición familiar fue ordenado pastor como su padre, consagró sus mejores energías al estudio del Nuevo Testamento en ámbito universitario. Su relación y su matrimonio con Melie Seyberth, con la que tuvo dos

hijos, fue uno de los pilares de su vida, que estuvo marcada por las dos guerras mundiales, en las que se vio obligado a participar activamente: en la primera durante cinco años como miembro de un batallón; y en la segunda durante un periodo más breve, pero más intenso, como gobernador de una amplia región de Rusia bajo dominio alemán. Durante la mayor parte de su vida académica tuvo que lidiar con las contradicciones del régimen nazi, al que se enfrentó abiertamente, mientras que la última etapa de su vida se desarrolló en la Alemania del Este, dominada por el régimen comunista, que decretó su arresto el mismo día que iba a inaugurar como rector la restaurada Universidad de Greifswald, y finalmente acabaría con su vida el año 1946.

La biografía escrita por James Edwards es el fruto de varios años de auténtica investigación, pues gran parte de la vida de Lohmeyer, sobre todo sus últimos días, eran –como reconoce el prólogo de Sass– un enigma. Diversos viajes y estancias en Alemania, largas conversaciones con los familiares de Lohmeyer, sobre todo su hija Gudrun, y una paciente búsqueda en el Archivo Secreto Prusiano, le han permitido elaborar un relato cronológicamente ordenado de las diversas etapas de la vida de Lohmeyer, en el que va entreverando una descripción de la situación de Alemania bajo el régimen nazi y, más tarde, de la Alemania del Este bajo el régimen comunista, así como noticias sobre otros personajes de la época que se relacionaron con el protagonista y excelentes resúmenes de sus principales obras. El libro está organizado en diecisiete capítulos e incluye algunas fotos en blanco y negro, así como un utilísimo índice de materias al final. Su escritura, ágil y ordenada, no solo facilita la lectura del mismo, sino que la hace muy atractiva, pues despierta en el lector el deseo de aclarar el enigma de los últimos días de la vida de Lohmeyer, que son desvelados en un magistral capítulo final, verdadero ejemplo de *anagnóris*, en el que no solo se desvela dicho enigma, sino que se le muestra al lector lo más íntimo del alma creyente de Lohmeyer.

Sería poco apropiado ir recorriendo aquí los diecisiete capítulos del libro porque ello obligaría a contar de forma excesivamente abreviada lo que merece la pena ser leído con pausa y reflexión. Por eso me limitaré a señalar algunos aspectos transversales de esta obra que hacen interesante su lectura, más allá incluso de la mera información biográfica.

El relato de Edwards tiene muy presente –como no podía ser de otra forma– el momento histórico en que vivió Lohmeyer: el final de la primera guerra mundial, la depresión que generó en Alemania el tratado de Versalles, el surgimiento del nazismo, la segunda guerra mundial y la posterior división de Alemania. Medio siglo

de una intensidad poco común, que obligó a los europeos y, particularmente, a los alemanes a situarse respecto a acontecimientos y preguntas que podían decidir su vida. En el libro se refleja magistralmente el impacto del nazismo en la vida universitaria y eclesial. En ambos frentes, Lohmeyer tomó partido; en el primero, cuestionando el supremacismo nazi y defendiendo a sus colegas judíos; en el segundo, apoyando desde sus inicios la asociación de pastores luteranos que más tarde dio lugar a la “Iglesia confesante”. En lo más duro de la campaña antijudía –como confesaría más tarde el mismo Martin Buber al hijo de Lohmeyer– este último fue a visitarle a Heppenheim, donde se hallaba recluso después de haber sido purgado, y, al registrarse en el hotel afirmó: “He venido a visitar al Profesor Martin Buber”. Este tipo de gestos, sus posicionamientos públicos y sus cartas a diversos personajes afectados testimonian hasta qué punto este estudioso creyente estuvo a la altura del tiempo que le tocó vivir.

La vida de Lohmeyer se desarrolló, en gran medida, en la universidad. Era un académico de vocación, que se había preparado desde el comienzo de su vida para servir a la sociedad desde su máxima institución académica. En la universidad encontró amigos y discípulos, y desde ella se amplió su mundo de relaciones. El relato de Edwards dedica amplio espacio a mostrar cómo era la universidad prusiana en la que comenzó a enseñar Lohmeyer y cuenta con detalle cómo, en un sistema en que los cargos académicos eran nombrados por el aparato estatal, sus posicionamientos antinazis hicieron que la prometedor carrera que comenzó en la prestigiosa universidad de Breslau terminara en Greifswald, una universidad de provincias, donde paradójicamente Lohmeyer produjo sus mejores obras. Fue allí también, cuando intentando rehacer su vida en la Alemania comunista de la posguerra, tras su regreso del infierno de sus años de servicio en Rusia, trabajó incansablemente para refundar dicha universidad. En los años de entreguerras, la ideología nazi penetró de forma eficaz en la universidad alemana. En el relato de Edwards aparecen noticias sobre exegetas bien conocidos, que se posicionaron de diversa forma ante la hegemonía del Nacionalsocialismo y ante la cuestión judía. Resulta estremecedor, por ejemplo, leer la carta abierta de Gerhard Kittel (editor del conocido *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament*, que todavía hoy seguimos consultando) a Martin Buber, explicando las posiciones antijudías que había tomado en su obra *Die Judenfrage* (1933). Lohmeyer no dejó pasar la ocasión y enseguida escribió a Buber ofreciéndole su apoyo incondicional.

En este contexto de una sociedad tensionada, de una universidad profanada y de guerras que revelaban lo más bajo de la condición humana, fue donde Lohmeyer

produjo su fecunda obra. La biografía de Edwards va presentando, con la precisión y el detalle de quien ha sido profesor de Nuevo Testamento durante muchos años, sus principales obras, observando cómo estas respondían a cuestiones candentes en cada momento. En ellas, por ejemplo, aborda con frecuencia la cuestión del trasfondo judío de Jesús y del Nuevo Testamento, mostrando que se trata de una relación constitutiva, que no puede negarse sin negar la misma esencia del cristianismo.

Para entender la obra de Lohmeyer y la libertad con que pudo expresarse es importante tener presente que a lo largo de casi toda su vida académica fue un colaborador asiduo de la prestigiosa editorial *Vandenhoeck und Ruprecht* de Gotinga, con cuyo director, Günther Ruprecht, tanto él como su esposa mantuvieron una estrecha amistad. Fue esta estrecha relación la que hizo posible la publicación en 1946 de una de sus obras más personales e íntimas: *Das Vater-Unser*, un extenso comentario al Padrenuestro, en el que se apuntan ya algunas de las intuiciones que más tarde popularizaría Joachim Jeremias. Lohmeyer escribió esta obra en la última etapa de su vida, trabajando en ella incluso en el infierno de la misión en Rusia, donde solo había podido llevar un ejemplar del Nuevo Testamento en griego. En una de las pocas comunicaciones que pudo enviar a su esposa después de su arresto, le ruega que contacte con Günther Ruprecht y haga todo lo posible para que sea publicada en la Alemania occidental, donde en efecto apareció el mismo año de su muerte. En su comentario, Lohmeyer subraya el hecho de que el Padrenuestro es una oración universal, en la que no aparecen ninguno de los dogmas más característicos del judaísmo y del cristianismo: una oración con la que cualquiera puede dirigirse a Dios.

El esfuerzo realizado por James Edwards para recuperar la vida de este hombre de fe, gran exegeta que supo estar a la altura del tiempo que le tocó vivir, es un acto de justicia. El declarado propósito de los servicios secretos de la Alemania comunista para borrar su memoria (“como si nunca hubiera existido”) ha sido así revertido con este acto de recuperación de la memoria de un mártir, un creyente que, a pesar de su débil condición —como reconoce en su última carta a Melie—, caminó a la luz de la fe e hizo de la dedicación a la exégesis una tarea existencial. Por eso, este libro, más allá de las normales discrepancias sobre los datos que utiliza y las valoraciones que hace, no dejará indiferente a quien decida leerlo.

Santiago Guijarro Oporto  
*Universidad Pontificia de Salamanca*